

EDICIONES BISTAGNE

1 Pta

IVAN
MOJOURKINE
TANIA
FÉDOR

LAS MIL Y DOS NOCHES



LAS MIL Y DOS NOCHES

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841-Barcelona

LAS MIL Y DOS NOCHES

Fantasía oriental, de dramático asunto

Es un film de J. N. ERMOLIEFF

Realizado en los estudios

Gaumont - Franco - Film - Aubert

Dirección escénica de Alexandre Wolcoff

Diálogo de FERNAND DIVOIRE

Música de L. SABANEEFF



Euclusiva de

SELECCIONES CAPITOLIO

(S. HUGUET, S. A.)

Provenza, 292

BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Las mil y dos noches

(Fantasía Oriental)

Reparto:

Gulnar	TANIA FEDOR
Zoraida	GERMAINE BRIERE
Aicha	LAURE SAVY
Fátima	NATHALIE LISSENKO
La narradora	NITA ALVAREZ
Aouda	CARLA DAREY
La sirvienta	MENI JO
Taher	IVAN MOSJOUKINE
El Sultán Amrou	GASTON MODOT
El Gran Visir	MAURICE SCHUTZ
Ganem	GEORGES CATHELAT
Mahmut	SINOEL
El Gran Eunuco	LABRY
Djem	RUSBY

Argumento de la película

I

Epoca lejana, fastuosa... País de ensueño, oriental, marco apropiado para uno de esos maravillosos cuentos de las Mil y Una Noches...

Es la nuestra la narración de la "Noche Mil Dos". ¡Ojalá que, como la narradora maravillosa de las historias famosas, tenga este cuento el poder de hacerte soñar, de que

pretendas evocar toda la fastuosidad y el encanto que envuelve a las marionetas de nuestra trama!...

Cierra los ojos, lector... Entorna las pestañas, lectora...

Que ya se hizo la sombra, que ya empieza el cuento de las Mil y Dos Noches.

* * *

—¡Alá!... ¡Poderoso Alá! ¡Orad, creyentes, por el poderoso Alá!... En lo alto del minarete, el al-

muezín desgranaba sus llamamientos a los creyentes. La torre parecía una lanza elevada hacia lo alto, más

allá de las pasiones humanas, de las bajas luchas...

Transitaba el pueblo. Aquí los vendedores voceaban sus mercancías, allá un judío discutía con un musulmán, más allá un mendigo importunaba incansable al transeúnte rico que adivinaba... Era constante la agitación, el codearse unos con otros; no era posible, en apariencia, transitar de otro modo por la plaza.

De pronto, se oyó una voz que corrió de extremo a extremo, como un reguero de pólvora:

—¡Plaza! ¡Plaza al Sultán!

Y al grito enérgico la multitud hizo calle como por ensalmo. Volvióse reverente. Se apretujó para que la calle fuera ancha, para que los guardias no hubieran de imponer dolorosamente con los cantos de sus lanzas.

Quedó así la vía despejada...

Y entonces apareció el Sultán Amrou con su comitiva, fastuosa, deslumbradora.

Cabalgaba Amrou sobre brioso alazán, que contenía con mano dura. Ricas eran las piedras de su manto, la que ceñía el turbante so-

bre su frente. Pero toda aquella riqueza no era tan alta como su actitud ni piedra alguna brillaba con mayor fuego que sus ojos crueles.

Allá, en un rincón de la plaza, inconsciente al desacato que cometía, un chicuelo preguntaba y preguntaba por las cosas que veía, a la madre arrodillada. La madre, al principio, bien tratara de mantenerle en actitud reverente, mas era aquel hijo el amor de sus amores y era tan justa la curiosidad que sentía... Hacía poco que vinieran de lejanas tierras. Jamás había visto al Sultán, ni a su comitiva...

Y aquel fausto le encandilaba. Y por esto preguntaba y preguntaba. Quería que se lo dijeran todo de aquella comitiva...

Y la madre contó, mientras el chiquillo iba señalando:

—El Sultán, ¿ves? Es hermoso... ¡pero cruel!

En este instante apareció bajo el arco de la calleja por donde había salido la comitiva, una figura más alta si cabe que la del propio Sultán. Pero era su altivez simática, altivez de raza, de águila que aun en el reposo está erguida.

Iba el recién aparecido todo vestido de blanco y blanca era la guardia que le seguía.

El silencio que hasta entonces recibiera la presencia del Sultán cambió en absoluto. A la calma siguió la algarabía de voces. Eran jubilosas, porque en todas las caras donde antes reinara el temor, aparecía ahora el amor y la satisfacción.

Y en todas partes surgía la misma advertencia, semejando flores invisibles que se arrojaran al paso del príncipe:

—¡He aquí a Taher!... ¡He aquí a Taher!...

El Gran Visir, que seguía al Sultán, volvió torva la mirada. Si sus ojos hubieran podido paralizar la lengua de los que gritaban la multitud toda hubiese quedado muda.

El niño de antes seguía queriendo saber, tiraba de su madre, que había ahora enmudecido ante la presencia cercana del Sultán. ¿Quién era el joven de mirada limpida?

—Taher, nuestro buen príncipe... Ahora aparece la Sultana de los cabellos de oro...

En efecto, tras la guardia que co-

mandaba Tahur, figuraba la hermosa Gulnar. Su belleza rara, enmarcada bajo la cascada de sus rubios cabellos, fascinaba. Era digna de ser sultana, de recibir el acatamiento del pueblo, que si ahora había enmudecido era de profunda admiración.

Inesperadamente, la comitiva se había detenido. El Sultán, con súbito ademán, había detenido su cabalgadura ante un hecho que no estaba dispuesto a tolerar. Que una criatura permaneciera sin reverenciarle a su paso.

Su mirada relampagueó cruel como nunca.

La pobre madre del chiquillo afanoso de saber tembló por el tierno hijo de sus amores. Quiso obligarle a que se arrodillara, máxime al ver que se aproximaban dos soldados. Pero el pequeño era rebelde. Nada sabía de reverencias y sí mucho de curiosidades. Tenía ante sí al hombre aquel que su madre llamaba Sultán, es decir, algo como para sólo imaginarlo en sueños. Ciertamente que era hermoso, como dijera su madre, pero también era cruel. Se le notaba en el ros-

tro. En aquel rostro que ahora le miraba a él, como con rabia. ¿Y por qué? ¿Qué le hiciera él a aquel Sultán?

Ahmed, que así se llamaba el chiquillo, se vió de pronto arrojado al suelo. Era un soldado quien lo hiciera. El muchacho se enderezó de un salto y sus ojos se posaron en el acto en el rostro del Sultán, del rostro cruel.

Y al verle fruncir el ceño ante su actitud, el chiquillo comprendió que él había mandado que le arrojasen al suelo. Y Ahmed sintió una rabia inmensa...

Nada sabía el muchacho de la intangibilidad del Sultán. Le habían agredido y procedió como solía, cuando esto le pasaba. Se inclinó al suelo y tomó un pedrusco.

La madre quiso detenerlo. Gritó alarmada:

—¡No, detente!

Pero era tarde. La piedra había sido lanzada y dió en el pecho del caballo del Sultán, que se encabritó al punto, aunque fué prestamente dominado por su jinete.

En el acto Amrou hizo un gesto, casi inútil, porque ya los soldados

habían corrido a prender a la criatura.

En el silencio de muerte que pesó sobre la multitud ante el suceso y sus probables consecuencias, vibró con sones de clarín el grito de la madre desolada:

—¡Ahmed! ¡Hijo mío! ¡Suélta-lo!

Y se vió a la desdichada mujer forcejear en vano contra los esbirros.

Mas, inesperadamente, se oyó el galopar de un caballo. Era el del príncipe Taher, que, acicateado por su jinete, corría hacia el Sultán. Había visto parte de la escena y corría a oponerse a lo que sabía que diría el autócrata.

—¡Dejad a ese niño!—ordenó a los soldados.

Y le obedecieron al punto.

Pero él no sabía que el Sultán Amrou era quien había dado muda orden de detención. Y al oír estas palabras el soberano palideció. La ofensa había sido ante todo el pueblo; ante Gulnar, la Sultana. Y por el amor de ella sería capaz Amrou de cualquier disparate. ¿Cómo iba a

permitir que le desautorizasen a sus ojos?

—¡No!—aulló.

Otra vez fué prendido Ahmed.

—Que lo azoten—añadió el Sultán. —Veinte latigazos!

El castigo era horrible. El mismo Amrou lo sabía. Notó la sensación de espanto que la multitud experimentaba. Y la miró desafiador, con sus ojos más llenos de crueldad que nunca.

Taher expresó su protesta, respetuosa, pero alta, considerada, pero energética:

—Señor, es un tierno niño. Morirá...

El Sultán le miró furioso. ¿Se atrevía a oponerse? ¿Poníase del lado del populacho?

Clavando en el príncipe sus ojos crueles, llenos de un furor re incontrado, mascó esta palabra:

—¡Obedeced!

Y los soldados arrastraron a la criatura.

Taher se inclinó. Y cuando alzó los ojos, el Sultán había ya acicateado su cabalgadura y reemprendido la marcha.

El Gran Visir, de luenga barba de chivo, le miró burlón. Pero su burla murióle en los ojos cuando varias voces gritaron:

—¡Taher es justo!...

El príncipe se incorporó a su puesto, frente a la guardia del Sultán. Pero antes sus ojos se encontraron con los enamorados de la Sultana. Y más que nunca en aquella ocasión, Taher necesitó de toda la fuerza de su voluntad para ocultar todo el fuego de amor que sentía hacia Gulnar...

* * *

La comitiva del Sultán iba alejándose.

En la plaza tornaba la vida de siempre. Sólo un grupo de curiosos iba en pos de los soldados de Mahmud, que arrastraban a una pobre criatura que vanamente se debatía lanzando gritos.

Colgada a ellos también seguía una mujer. Era la madre de Ahmed, que lloraba, implorante, y se desgarraba las vestiduras en su dolor.

De pronto, en un frenesí de desesperación, la infeliz tiró del brazo del soldado que sujetaba a Ahmed y le dijo rabiosa:

—Hijo de mi vida! ¡¡Suéltalo!!

II

En palacio, en las habitaciones del Sultán, éste paseaba como un león enjaulado, devorando la humi-

llación que le había inferido Taher.

Junto a un montón de cojines, de

El esbirro, sorprendido por el estirón, dejó ir a Ahmed un momento. E instantes después el pequeño corría con toda su alma, entre los alientos de la multitud, que se apresuraba a dejarle paso parra cerrarlo cuando se acercaban los soldados que le perseguían.

El que lo dejara escapar había sujetado a la madre, lleno de furia.

—¡Le has hecho huir! ¡Tú pagarás por él!

Y la pobre mujer se dejaba arrastrar. ¿Qué le importaba a ella que su carne sufriera si el hijo adorado se libraba de la tortura?

L A S M I L Y D O S N O C H E S

pie y acurrucado en actitud hipócrita, estaba Assad, el Gran Visir.

Contemplaba con las manos juntas y cruzadas sobre el pecho aquél ir y venir incesante del cruel Amrou. Dejaba que éste, por sí mismo, siguiera alimentando la rabia que sentía. Ya llegaría un momento en que él debiera atizar algo más el fuego.

Por fin el Sultán se detuvo ante su Gran Visir.

—Taher muéstrase osado... ¿Qué piensas, Assad?

El preguntado ocultó más sus ojos, bajando la cabeza. La mirada le brillaba. Ocurrían las cosas como él las supusiera. Y ahora iba a poder atizar el odio del Sultán, despertaría sus sospechas, su natural desconfianza... Haría caer a Taher, al que odiaba porque era noble, porque todo el mundo le quería...

—Señor — dijo encogiéndose de hombros—. El manda tu guardia...

Y ellos le aman.

Amrou apresuróse a agarrotar el brazo del falaz Assad. La flecha había dado en lo vivo.

—¿Qué quieren decir tus palabras?—preguntó.

El Gran Visir, aunque retorciéndose por el dolor que le causaba la brutal presión de la garra del Sultán, ahondó más la herida.

Murmuró:

—No sentirá la ambición de un trono?

Amrou le rechazó y plegando los brazos volvió al paseo, considerando lo que el odioso visir había deslizado en su alma. Y aun éste, cuando le vió pasar de nuevo por su lado, añadió:

—No aspirará a la posesión de una regia esposa?

Amrou paró en seco su paseo y miró de un modo tal a Assad, que éste se acurrucó más que nunca. Aquello había herido más que nada al Sultán en pleno corazón.

Al punto se dirigió a la puerta de la estancia, dió dos palmadas y esperó a que acudieran, con el pecho agitado por espantosa rabia.

El gran eunuco se presentó al momento.

—¡Di a Taher que venga!—rugió el Sultán.

Precisamente el príncipe en aquel momento se hallaba junto a una de las puertas del palacio, hablando con su fiel Djemal, segundo capitán de las guardias del Sultán.

Djemal no ocultaba su angustia.

—Has hecho frente al Sultán.
¿No le temes?

Taher se encogió de hombros, considerando absurdo que tal cosa fuera posible. Y fué entonces cuando apareció el eunuco, quien, luego de reverenciar al príncipe, le hizo saber que Amrou le esperaba.

Al verle dispuesto a acudir, Djemal apoyó su mano en el brazo de Taher y advirtió:

—No olvides que te soy leal y que puedes mandarme a tu antojo.

El príncipe estrechó la mano del fiel amigo y con la expresión fatalista de Oriente, respondió:

—¡El destino conduce a los hombres, Djemal!

Y rápidamente se internó en el palacio.

Con paso vivo el príncipe se dirigía hacia las habitaciones del Sultán, y cuando se hallaba en la antecámara e iba a apartar las cortinas que le separaban de Amrou, una blanca mano le detuvo en su intento.

Y, al volverse, Taher se encontró con la Sultana.

La Sultana, que había comprendido el peligro que corría el hombre que ella quería sobre todas las cosas. La Sultana, que desde su mirador había estado observando al príncipe mientras éste hablaba con su amigo Djemal; la Sultana, que, dando en olvido lo que arriesgaba, los celos de Amrou, corría al encuentro de Taher sin saber qué le

diría, cómo le hablaría, sólo impulsada por el amor cada vez más firme que por Taher sentía, amor espoleado por la continua indiferencia del joven pese a todas sus insinuaciones.

Taher también comprendió que, con aquél acto, se agravaba la situación suya e incluso la de Gulnar, si el Sultán les encontraba juntos.

Por eso mostróse ante la bella más frío que nunca.

—Eres audaz, Taher, pero no siempre—comenzó ella.

—Hay ocasiones en que no debo serlo.

—¿Por qué?—suspiró Gulnar.—¿Acaso mis ojos no te dicen...?

—Pero es que nunca olvido que eres mi Sultana—interrumpió el príncipe.

Miróle ella con expresión en la que el odio y el amor se barajaban. ¡Era la Sultana, como dijera bien! ¡Y había de sufrir tanto desaire!...

Y él pensó que por un momento de dicha al lado de Gulnar bien podía uno desafiar las torturas de Amrou. Pero sólo lo pensó, pues era muy fiel al Sultán, mientras éste no diera motivo para otra cosa.

Y en aquel momento de inminente peligro para la voluntad de ambos, fué Amrou quien apareció. Y al verlos juntos, sus ojos llamearon. ¿Sería cierta la alusión del pérvido Assad?

Y el Gran Visir se frotaba las manos. La bola que lanzara iba en sus vueltas aumentando de tamaño. Casi podía decirse que no se detendría y que aplastaría al odiado Taher.

* * *

Dominándose, el Sultán miró al príncipe con ojos cargados de ira.

—Reacio te me muestras, Taher —dijo Amrou—. ¡Acabas de juzgar mis órdenes!

—Señor—respondió el joven—. El pueblo sufre, se queja...

El Sultán sonrió cruelmente.

—¡Gemirá con más razón bajo el látigo de mi verdugo!

El príncipe no pudo ocultar un movimiento en el que había tanta repulsión como protesta. Amrou lo advirtió.

—¡Ten cuidado, Taher!—rugió, acercándose amenazador al joven.

—Y tú también, Amrou: ¡ten cuidado!—le respondió el aludido sin vacilar.

La Sultana Gulnar vivía momentos de gran emoción, admirando a la vez la audacia de su amado.

El Sultán retrocedió un paso y

sin volverse preguntó a su Gran Visir:

—Assad, ¿qué hacen con un perro rabioso?

—No investigan su raza, señor— gritó con voz vibrante el hombrecillo—. ¡Lo matan!

Lo había dicho con rebosante satisfacción, que se le descubría en los ojos, en sus manos crispadas. ¡Por fin, el altivo Taher caía de su pedestal!

El Sultán asintió. Sus ojos crueles como nunca, tuvieron un tinte de insana alegría. Y de pronto gritó:

—Guardias, a mí!

Al punto acudieron los hombres de Mahmud. Gulnar no pudo contener un movimiento de avance, como dispuesta a oponerse a que se cometiera semejante atropello.

L A S M I L Y D O S N O C H E S

Y esto enfureció aún más a Amrou.

—¡Prended a este hombre! — mandó.

Pero esto era más propio para dicho que para hecho.

Taher consideró que desde aquel momento se rompía su obediencia hacia el Sultán. Y rechazando a unos y atropellando a otros, espoleado por el grito de angustia de Gulnar, el príncipe se encontró de un brinco encaramado al ventanal.

Allí pareció mirar desafiadoramente a sus enemigos, y luego se precipitó al vacío.

Unos cuantos saltos y se vió en el jardín.

Allí el fiel Djemal, al que se había hecho partícipe inmediatamente de lo que amenazaba a Taher, tenía dispuesto un brioso corcel.

Y minutos después, como una exhalación, Taher abandonaba el palacio del Sultán.

III

Las maldiciones, juramentos y hasta golpes de Amrou bastaron y sobraron para que los hombres de Mahmud, con su jefe a la cabeza, corrieran veloces en busca de sus cabalgaduras y se lanzaran en tenaz persecución del príncipe rebelde.

Raudo, como una flecha, iba el

joven. Y en pos, sembrando el pánico, los guardias de Mahmud, quien excitaba a los suyos para que no se dejaran avanzar más por el príncipe.

Acosado de cerca, Taher echó rápidamente por el camino que tenía delante y que se encaramaba hacia la cima de una altitud rocosa. Los

gritos de triunfo de sus perseguidores le hicieron comprender que se había adentrado en equivocada ruta y que pronto creían tenerle en sus manos.

Sin embargo, el joven no dejaba de excitar a su valiente cabalgadura. Lenta, pero constantemente, ganaba terreno a los guardias, pues en la escarpada pendiente, hubiera sido reventar sus cabalgaduras el pretender ir a igual marcha que el príncipe.

Y llegaron a lo alto. Taher entonces forzó a su cabalgadura a que se detuviera y miró en torno suyo. Ante sí el mar, al pie de la montaña rocosa donde se hallaba, estrellándose una y otra vez las hirvientes olas. Detrás oía los aullidos de quienes estaban ahora seguros de apresarle. Y por los lados, abismos rocosos que hacían fuera una locu-

ra todo pensamiento de escapar por allí.

El príncipe desmontó de un salto. Se lanzaría al mar. La altura no le importaba. Allí estaba la libertad y la vida, si le era posible vencer la fuerza del oleaje que se estrellaba contra las rocas.

Ni una vacilación. Lanzóse de cabeza, en un salto magnífico. Las aguas parecieron abrirse para recibirlle. Luego siguieron mandando olas furiosas contra las moles roqueñas.

Mahmud y sus hombres, al llegar a lo alto, sólo el corcel encontraron. Y asomados a la espantosa cortadura no vieron el menor rastro del príncipe rebelde. Mahmud miró con un interés loco, pues temía el retorno con las manos vacías. ¡Era tan terrible el Sultán!...

En efecto, pocas veces se le había visto en tan fiera actitud.

Sentado en un montón de cojines y con Gulnar al lado, Amrou tenía el pensamiento sólo en la venganza y las torturas que aplicaría al que se había permitido ponerle las manos encima y fugarse a su voluntad de que se constituyera prisionero.

La música de las esclavas, dulzona y evocadora, nada le decía, porque no la escuchaba.

De vez en cuando se le escapaban los pensamientos que le dominaban...

—¡No se me escapará! —decía.
—¡Sabrá de mis torturas!

De pronto sus ojos se posaron en el rostro de Gulnar, indudablemente apesadumbrado. ¿Pensaría en el rebelde huído? ¡No podía admitirlo! Sería aquella serenata tristona lo que la ponía melancólica.

Y así gritó:

—¡Tocad una música más viva!
¡Más alegre!

Pero tampoco le complacía. Que no era música lo que él quería, si no el hombre odiado.

Apenas acababa de despedir a las esclavas, el gran eunuco anunció humildemente:

—Señor... He aquí a Mahmud, el jefe de tu policía.

Y dejó paso al pobre Mahmud, que era un hombrecillo diminuto y grotesco, que había llegado al alto puesto de jefe de la policía del Sultán debido a su servilismo, que era exageradísimo.

El esbirro entró a gatas y haciendo a cada metro una reverencia presa de un pánico espantoso.

Al ver tanta preparación, el Sultán frunció el ceño. Se imaginó al punto que el rastreador Mahmud no

era portador de ninguna buena noticia. Otro hubiera sido su proceder en este caso.

El hombrecillo, que no le quitaba ojo, sorprendió el enfado que se pintaba en el rostro de su señor y aun sintió más pánico.

—¡Oh, glorioso señor!...—empezó.

Pero Amrou no estaba para oír bajos halagos. Hizo un gesto indicando a Mahmud que prescindiera de tales florilegios.

Y el jefe de la policía, sentado sobre sus talones—pues no se había levantado—, hubo de decir sin más rodeos la terrible noticia.

—Señor—repitió—. El príncipe Taher...

—¿Qué?—bramó el autócrata.

—¡Se ha ahogado!—se apresuró a terminar Mahmud, en el colmo del terror.

Un grito de dolor hizo volver la cabeza a Amrou, y este hecho seguramente libró al jefe de la policía de ulteriores consecuencias.

Era Gulnar la que había gritado. Aunque no le veía, pues tenía la cabeza baja y con sus blancas manos parecía contener la garganta por

dónde escapara el grito delator, la Sultana tenía la certeza de que pesaba sobre ella la mirada terrible del Sultán.

Mahmud se aprovechó de aquel momento para tratar de hacer valer sus méritos.

—Ya estaba en mis manos, cuando de lo alto de la roca...

El sonido de su voz hizo que Amrou volviera hacia el servil jefe su atención. Mahmud enmudeció al ver el brillo cruel de su mirada, ávida a todas luces de hacer daño.

La mano del Sultán, como una garra, cayó sobre el hombrecillo, al que acercó hacia sí.

—¡Canalla! —dijo con ira—. ¡Has hecho imposible mi venganza!

Y lo arrojó al suelo. Mahmud se apresuró a deslizarse a gatas hacia la puerta, dándose por muy feliz que la furia del autócrata se diera por satisfecha a tan poca costa.

Pero Amrou ya ni se acordaba de él. Aun resonaba en sus oídos aquel grito de dolor que se escapara de los labios de la Sultana. Volvió a mirarla largamente y advirtió su palidez, sus labios sin sangre. Y tuvo la certeza del amor que le in-

situara el pérvido Gran Visir.

Advirtiendo que ella no se enterraba de la observación de que era objeto, preguntóle con voz sorda:

—¿No te encuentras bien, Gulnar?

—No. Permíteme que me retire —demandó la Sultana.

Porque la pobre joven tenía la muerte en el alma. ¡Había muerto él! ¡El! ¿Qué le importaba que se diera cuenta de su dolor el que ha-

bía sido su asesino? ¿Qué le importaban sus celos? Sólo una cosa resonaba en sus oídos: la frase de Mahmud: “¡Se ha ahogado! ¡Se ha ahogado!”

Y el autócrata la dejó ir. Los cuervos de los celos hicieron presa en su alma. Pensó en si la belleza exótica de Gulnar habría sido ya de otro. Y sus manos se crisparon. Y maldijo el destino que le había arrebatado el rebelde a la venganza que proyectaba...

* * *

Pero Amrou se equivocaba, como se había equivocado el jefe de su policía.

Taher no había muerto.

Un pescador que se hallaba bajo el acantilado cuando la dura persecución y la contemplara, simpatizando con el fugitivo, al ver que éste se precipitaba al mar se había apresurado a dirigir hacia allí su

barca y precisamente estaba recogiendo al príncipe en el otro lado del acantilado cuando Mahmud y sus hombres se asomaron por el lado donde se precipitara el rebelde.

El auxilio no pudo llegar más a tiempo. La terrible altura desde donde se había precipitado Taher, le había impresionado más de lo que supusiera y cuando cayó al

mar, apenas si pudo combatir con débiles fuerzas contra la furia de la resaca. Seguramente que hubiera sido arrastrado por las olas y estrellado finalmente contra las aguas aristas del acantilado, de no ser por la oportuna presencia de la barca del pescador y la ayuda que le prestó al encaramarle a bordo.

Hacía ya rato que bogaba el pescador con rumbo hacia una pequeña bahía que abriase entre la masa roquiza, cuando el príncipe se consideró con fuerzas suficientes para hablar.

—Me has salvado la vida. ¿Cómo te llamas?

—Soy Ganem, el pescador. ¿Y tú?

—Me llaman Taher...

—¡El príncipe Taher!—exclamó el joven marino, intentando arrodillarse ante él y advirtiendo entonces los ricos vestidos que llevaba.

Pero el príncipe le detuvo en su propósito y le hizo saber que era un fugitivo del Sultán. Aquella noticia pareció alegrar aún más a Ganem, quien le prometió hallarle un seguro escondite.

En efecto, poco después le prece-

día por un apartado lugar del acantilado y le hacía ascender por una especie de tosca escalera labrada en la roca y apenas visible.

Finalmente llegaron a una especie de planicie que parecía propia para ser habitada solamente por las aves marinas.

Entonces Ganem le mostró un oscuro agujero.

—¡Mira! Aquí hallan refugio los perseguidos del Sultán.

Y precediéndole, le llevó hasta una cueva, donde estaba reunido un grupo de hombres bastante numeroso.

Algunos saludaron ruidosamente al marino, pero todos se pusieron en pie y echaron mano a sus armas, cuando uno de ellos descubrió con un grito quién era el que acompañaba a Ganem.

—¡Taher!—gritó—. ¡Traición!

Y muchos avanzaron con ánimo decidido de agredirle.

Pero el joven pescador les contuvo con un gesto, a la par que cubría al príncipe con su cuerpo.

—¡No!—afirmó con voz firme—.

¡Taher es nuestro amigo! ¡Es un perseguido de Amrou!

—Os suplico hospitalidad—pidió el príncipe.

Los otros rebeldes se consultaron con la mirada.

Uno de ellos insinuó:

—Su alma es noble...

Y el mismo que había advertido primeramente su presencia y dado la voz de alarma, resumió el pensamiento de todos con esta palabra:

—¡Ampáremosle!

IV

Las pobres mujeres que al día siguiente iban a presentarse en el mercado de esclavas, estaban sumidas en honda tristeza.

Había algunas de ellas que manifestaban clara indiferencia; otras, lloraban; otras se contaban sus cuidas y hallaban sosiego en el cambio de mutuas confidencias, y las restantes mostraban hiératica rebeldía ante un futuro que no podía ser más triste.

Pero el horror manifestóse en todos los rostros, cuando, seguido de dos negros musculosos, hizo su aparición el mercader de mujeres.

Con el látigo pinchaba a unas y azotaba a otras. De vez en cuando su mano sucia alzaba el rostro de alguna de las infelices, o bien desgarraba la escasa ropa con que se hallaba cubierta.

Hacía comentarios con su hombre de confianza, un negro odioso, que aprobaba la mayor parte de las manifestaciones de su amo.

Una cabeza inclinada, cavilando quién sabe qué pensamientos, llamó la atención del mercader de esclavas. Sus ojos entendidos adivinaron a la primera mirada que se trataba de una mujer excepcional.

—¡Yérguete!—le dijo de pronto, dándole un puyazo con el látigo.

Y cuando hubo visto su rostro, exclamó con placer:

—¡He aquí una buena mercadería para el viejo cadí!

Hacía ya rato que se había ya marchado el mercader, cuando del lado de la calle vino un pregón alegre de un pescador. Era más bien un canto que un pregón. Pero de cualquier modo que fuese, lo cierto es que tuvo la virtud de animar el aspecto fatalista de la bella mujer que tanto llamara la atención del mercader.

Se enderezó, tembloroso el pecho de inmenso júbilo. Aproximóse ávida a la reja y cuando se convenció de que lo que le hiciera presumir el pregón era verdad, púsose a gritar con desespero y alegría:

—¡Ganem! ¡Ganem! ¡Sálvame! ¡Quieren venderme como esclava!

El pescador se detuvo bruscamente al advertir quién le llamaba. Un rayo de alegría pareció animarle al ver a la mujer tan querida y que le desapareciera sin saber cómo.

Lanzando lejos de sí el cesto de pescado, profirió un grito jubiloso

y corrió a encaramarse a un tejadillo, desde donde le sería posible hablar con su amada.

—¡Aicha!...—empezó.

Pero en la reja había ya un negro de facciones horribles. El había arrebatado de la ventana a la muchacha y al ver que a ella pretendía asomarse aquel hombre del pueblo, dióle sin vacilar un terrible golpe en la cabeza con el mango de su látigo. Y el pobre Ganem fué precipitado al suelo.

Pero gritando una palabra de esperanza, el pescador se puso en pie y corrió hacia la cueva que servía de refugio a los rebeldes. Sabía que allí contaba con un amigo que en todo momento estaría dispuesto a pagar su deuda de gratitud...

Pero en la cueva los perseguidos estaban tristes.

Asistían al epílogo de una de las muchas tragedias que ocasionaba la brutalidad del Sultán. Rodeada por todos ellos y por su hijo Ahmed, moría aquella mujer que recibiera el castigo de los latigazos en lugar del hijo adorado, aquel mismo chiquillo que fuera causa de la proscripción de Taher.

Su cuerpo no había podido resistir los terribles latigazos que le habían sido aplicados. Y moría, moría lentamente, con la única satisfacción de que su vida era ofrecida en holocausto al mismo ser a quien ella diera la existencia.

Cuando Ganem llegó, la infeliz madre abrió los ojos. Abocada sobre ella, entre otras muchas cabezas, vió la de su hijo Ahmed.

Y sus labios murmuraron:

—¡Hijo mío!

Luego esbozó una sonrisa. Y sin acabarla expiró.

Uno de los presentes dijo con dolor:

—Su suplicio ha acabado...

Y esto lo comprendió el chiquillo, que echándose sobre el cuerpo de la muerta idolatrada imploró en un clamor loco, patético:

—¡Madre, madre mía! ¡No me dejes!

Ganem se había sentido ganado por la tristeza del momento. Pero este clamor del huérfano le recordó otro parecido del ser que adoraba y que también esperaba que no le abandonase.

Y por esto se colgó del brazo de todos, de Taher y pidió auxilio:

—Aicha... mi amada — explicó entrecortadamente—. Quieren venderla. ¿Verdad que no lo consentirás, Taher? ¿Ni vosotros tampoco?

* * *

En el mercado de esclavas se había dado comienzo a la venta.

Judíos y musulmanes llenaban completamente el local y muchas

eran ya las mujeres que habían sido compradas. Sin embargo, las mujeres aun debían comenzar a subastarse.

El mercader tomó la primera del lote que previamente había seleccionado.

Hizo que la viera bien toda la concurrencia, ponderó sus cualidades, su belleza, su juventud y todo cuanto se le ocurrió. Poco a poco parecía que la concurrencia se iba dando cuenta de que se trataba de una mujer mejor que las precedentes y, por fin, hubo uno que hizo oferta. Era un vejete.

—Cien monedas de oro—gritó.

—Doscientas—apuntó otro.

—Doscientas cincuenta—señaló un tercero.

El mercader se frotaba las manos. ¡Había mucho dinero, por lo visto! De vez en cuando cuidaba de acicatear a los compradores. Estimulaba al uno, explotaba la vanidad del otro.

Y así, el primero que ofreciera, el vejete, voceó:

—Trescientas monedas!

Pero casi en el acto, el que ya diera cincuenta más, pujó atrevido:

—Trescientas cincuenta.

El vejete, entonces, se acercó a la esclava. Quería convencerse, an-

tes de dar más dinero, de que la mujer lo merecía. Y al igual que si fuera una caballería, la entreabrió la boca y miró con cuidado la dentadura.

Hizo un signo negativo y declaró:

—No; no vale más.

Y dejó que su contrincante se llevara a la esclava.

Apenas el mercader hubo cobrado el dinero, hizo que se adelantara la joya que guardaba para que los más ricos de la ciudad se la disputaran.

Aicha fué llevada hasta el pedestal.

—Y ahora—gritó el mercader—, un beldad de las montañas Rosas...

Despojóla de todo velo y un coro de exclamaciones evidenció que la muchacha interesaba a casi todo el mundo. Multitud de probables compradores ponderaron las gracias poco comunes de la muchacha, expuestas sin pudor alguno.

El mercader, luego que hubo permitido que se extasiaran en la contemplación, añadió en un compendio de ponderaciones:

—Algo poco común!

Permitió que Aicha se cubriera e invitó a que comenzara la subasta.

El primer ofrecimiento fué crecidísimo.

—¡Quinientas monedas de oro!

—Seiscientas!

—¡Setecientas!

—¡Ochocientas!

Parecía aquel un empeño loco de no dejarse aventajar nadie por nadie.

—Mil monedas de oro! — saltó un judío.

—¡Dos mil!—ofreció un musulmán.

Muchos enmudecieron entonces. Ya las pujas no estaban al alcance de todos los bolsillos.

El mercader dióse cuenta de que la subasta se interrumpía mucho antes de lo que él calculara.

—¿Cómo? — dijo entonces—.

—Sólo ofrecéis dos mil?

Pero repentinamente cambiaron las cosas. Un aluvión de hombres desesperados cayó sobre el mercado y arrolló a los compradores. Al frente del puñado de atrevidos atacantes, iba una figura aguerrida que pronto fué reconocida.

—¡Taher!—gritaron muchos.

¡Es Taher!

Alguien corrió a avisar a la policía del Sultán.

Unos cuantos, con ayuda de los servidores del mercader, trataron de oponerse al ataque de los rebeldes que habían caído en el mercado. El traficante de mujeres tenía otra preocupación. Guardar su mercancía humana, pues comprendía que todo tendía a arrebatarle a alguna de sus bellas esclavas...

Precisamente una de ellas lanzó un grito de auxilio.

Y al punto un joven saltó por encima de todos y respondió alentador:

—¡Aicha! ¡Voy, Aicha!

Y, en efecto, fué, para encontrarse con que el mercader acababa de cerrar la puerta de la prisión de las esclavas. Y Ganem cayó en brazos de varios negros, que trataron de abatirle. Pero en pos de él iba Taher, seguido de algunos de sus amigos, y todos juntos empezaron una terrible contienda, que terminó con la posesión de la llave de la prisión de las esclavas.

Taher abrió la puerta y gritó al punto:

—¡Pronto, Aicha!

Porque ya se oía el galopar furioso de las huestes de Mahmud que acudían presurosas a poner paz en el mercado de esclavas. Mientras los demás seguían combatiendo, Taher, con la joven libertada y su enamorado Ganem, corrió a la ventana que cerraba una reja y se dispusieron a derribarla.

Unos golpes furiosos se llevaron a ésta por delante y los tres se aprestaron a la fuga.

Las cosas comenzaban a ponerse trágicas. La llegada de los policías del Sultán había envalentonado a los compradores de esclavas y al propio mercader. El acuciaba a sus negros para impedir la fuga de Aicha. Y el círculo de hombres que fielmente protegían la huída comenzaba a flaquear.

El príncipe decidióse a dar el ejemplo para que la joven y su prometido le siguieran. Saltó por la ventana al tejadillo y con sus gritos animó a Ganem para que le imitara y luego tomase el cuerpo de su amada.

El pescador obedeció, pero cuando la joven iba a hacer lo propio, uno de los negros llegó a tiempo para detenerla y con su sable agredió al pobre pescador, que intentó arrebatarla y cayó rodando a los pies de Taher.

La llegada de más escuadrones de hombres del Sultán le hizo comprender a Taher que la fantasía había fracasado. Cargó, pues, con el cuerpo de su amigo herido y pronto se perdió por los barrios bajos de la ciudad, en demanda del refugio, donde sería posible atender al herido.

Entretanto, Mahmud se enteraba de lo que había ocurrido. Cuando supo que todo había sido motivado por una esclava, quiso verla.

Y el mercader accedió a regañadientes. Veía su mejor joya perdida. Y no se engaño.

En cuanto Mahmud le echó la vista encima, mostró inusitado júbilo y exclamó ponderativo:

—¡Oh! ¡Hermosa criatura!

Y sin vacilar un momento ordenó que se la condujera al palacio del Sultán. Y dos de sus hombres

la tomaron y cumplieron la orden.

Y fueron vanas las protestas del mercader, que acabó por maldecir la ayuda que le habían prestado los

hombres del Sultán, puesto que a final de cuentas acabaron por ejecutar ellos lo que se había evitado de los piratas.

V

Fátima había regresado al lado de la Sultana.

—¡Dime la verdad! — suplicó Gulnar, tomándola por el brazo. — ¿Es cierto?

La confidente de la Sultana asintió sonriente. Lo había visto con sus propios ojos, cuando obediente a las órdenes de Gulnar, se escapó de palacio para ver lo que ocurría en el mercado de esclavas y ver si era cierto el rumor de que el príncipe Taher era quien había dirigido el movimiento.

—¡Vivo! — aseguró victoriamente. — ¡Sí, señora! ¡Ha atacado el mercado de esclavas!

Gulnar elevó los ojos al cielo y a Amrou.

sonrió dando gracias a Alá. ¡Cuántos días hacía ya que no se sentía jubilosa!

—Dicen—continuó en aquel momento Fátima— que ha pretendido arrebatar a una joven.

Todo el júbilo de Gulnar se vino abajo. Gustó la hiel de los celos. ¿Era por eso entonces que no había querido amarla? ¿Porque había otra mujer? Quiso conocer a su rival...

—Y esa mujer, ¿dónde está?— preguntó.

—Pronto la verá el Sultán, señora—respondió la confidente.

Gulnar, entonces, decidió ir a ver a Amrou.

* * *

El autócrata estaba furioso.

Frente a él, Mahmud cavilaba aterrado si su cabeza estaba segura sobre sus hombros por mucho tiempo.

Por centésima vez le repetía el Sultán:

—Taher... ¡De nuevo lo has dejado huir!

Y como le pareció que le miraba terriblemente, el jefe de policía se sintió muerto.

Por fortuna el Gran Visir sugirió un nuevo pensamiento a Amrou.

—Señor—musitóle—. Si obligases a hablar a esa joven...

El Sultán miró plácentemente a su consejero. Sí, la prisionera diría lo que supiera. Amrou, como el Gran Visir, como Mahmud y como todo el mundo, estaba convencido de que Aicha era la amada del rebelde.

Un gesto a Mahmud hizo que éste se precipitara para traer a la desdichada esclava.

En el intervalo, hizo su aparición en la sala de justicia la Sultana. Amrou la recibió en un principio placentero, pero la mirada irónica de Assad, el Gran Visir, le hizo caer en la cuenta de que era muy posible que Gulnar acudiera allí para saber nuevas de Taher, mejor que para verle a él.

Sentados los dos en el trono, hizo su aparición Aicha.

De la bella joven, la mirada de Amrou posóse en la Sultana y así no se le pudo escapar el estremecimiento que Gulnar sufrió al comprobar cuán bella era la que suponía ocupaba el corazón de Taher.

—¿Por qué tiemblas, Gulnar?—preguntóle su dueño.

LAS MIL Y DOS NOCHES

Ella contestó con un gesto vago y él sintió aumentada su ira.

Se volvió hacia la joven.

—Acércate, esclava — dijo—.

—Quién eres?

—Aicha, de las montañas Rosas.

—¿Y perteneces a ese miserable?

—Soy su prometida—respondió la esclava, suponiendo que se refería a Ganem.

—Dónde está ese perro? —pidió el Sultán.

Aicha calló. ¡No denunciaría al amado!

—¿No quieras hablar? —le preguntó furioso el autócrata.

—¡Nada sé!

Amrou sonrió incrédulo. Iba a hacer un gesto para que se llevaran a la esclava, cuando Gulnar propuso:

—La prisión, siendo tan bella, no es lo más seguro... Confíamelas, señor.

No hubiera podido decir la Sultana lo que la había impelido a dar aquel paso. ¿Los celos o su inmenso amor por Taher? Quizá las dos cosas. Porque sabía cómo procedían

los esbirros de Amrou y suponía qué devolverían de la joven si la tomaban por su cuenta. ¡Y era la amada de Taher! O por lo menos, así lo creía ella.

Amrou estuvo a punto de negarse. Pero Assad, el Gran Visir, tomando la decisión de Gulnar bajo su aspecto peor, el de los celos, y suponiendo que la Sultana emplearía con la muchacha procedimientos más crueles que el del peor verdugo, indicó:

—Señor, las palabras de la Sultana son razonables...

Entonces cayó el Sultán en la cuenta de que algo terrible podía suceder a la muchacha en manos de la Sultana. Adivinó que los celos de Gulnar podrían servir a su causa y sonrió al Gran Visir. Y luego concedió el permiso.

Y apenas estuvo fuera Gulnar con su prisionera, Amrou ordenó a Assad con odio que a cada momento parecía ser mayor:

—¡Que detengan a Taher, vivo o muerto!

¡Qué no daría él por el placer de tenerlo en sus garras y hacerle padecer mil torturas por haber des-

pertado el amor de Gulnar, la mujer que Amrou adoraba cada día con mayor frenesí! ¡Ah, si esto ocurriera!...

En la cueva de los refugiados el pobre Ganem era presa del delirio. La herida no era grave, pero le había producido intensa fiebre.

Y los allí reunidos habían de soportar una y otra vez el sonsonete del enfermo:

—Aicha... Taher... Aicha...

Era indudable que confiaba en que el príncipe la salvaría.

Este, inesperadamente, llamó a uno de los refugiados y salió con él al exterior de la cueva.

Una vez ambos hubieron llegado

al extremo de la plataforma, a cuyos pies el mar azotaba las rocas, Taher preguntó al que iba con él:

—¿Tú sabes dónde está?

El refugiado asintió con un gesto.

—Sí, permanecí allí hasta el final—respondió—. Los esbirros de Mahmud la han conducido a palacio.

—Muy bien—declaró entonces Taher—. Partiremos esta noche y se la traeremos a Ganem.

El otro se limitó a asentir.

En las habitaciones de la Sultana, todas las mujeres y esclavas de Amrou se esforzaban en distraer a

Gulnar, indudablemente presa de honda preocupación. Al son de las guzas, la Narradora de historias

maravillosas, desgranaba bellas fantasías que deleitaban a todas las reunidas, con excepción de la favorita.

Sus pensamientos estaban muy lejos de allí, y aquellas canciones y músicas no hacían más que inquietar sus nervios. También ella hubiera querido encontrar diversión y esparcimiento con aquellos dulces entretenimientos, pero era en vano.

Y así, con brusquedad, ordenó:
—¡Basta!

Cuando se hizo el silencio, todas quedaron contemplando fijamente a la bella. Una de sus amigas favoritas, Zoraida, se le acercó cariñosa...

—¿Apeteces frutas? ¿Bebidas cariñosas? — le preguntó dulcemente.

Pero Gulnar la rechazó con un gesto.

Era que a sus oídos herían las dulces notas de una canción. Una canción que se cantaba a pesar de su voluntad ordenando que callaran. Pero venía de lejos, de fuera de la estancia.

Era una tonada nostálgica, llena de añoranzas...

—¿Quién canta? — preguntó a Fátima que se le había acercado.

—Es Aicha, señora.

Gulnar se estremeció. En la cautiva pensaba precisamente. Imaginaba en aquellos momentos que tenía en sus manos a la adorada de Taher, el hombre querido. Y sentía que los celos dominaban sobre los buenos sentimientos de su amor.

De pronto se puso en pie. Un deseo incontenible de ver de cerca a su rival la llevó hasta la puerta de la estancia. Al ver que una esclava le levantaba el tapiz para dejarle paso, acabó de impulsarlo.

Con rápido paso se aproximó al ala del pabellón que destinara para la cautiva. Detuvo con un gesto al eunuco que iba a anunciarla. Y por unos segundos, permaneció escuchando la dulce voz de Aicha desgranando aquella triste canción de amor.

Por último, separó la cortina y entró.

La esclava que pulsaba el instrumento con que se acompañaba Aicha, cesó al punto, en cuanto vió a la Sultana. Se puso en pie y en

seguida se retiró al tiempo que advertía a la cautiva:

—¡Gulnar!

Aicha se estremeció y la Sultana dióse cuenta de ello. La cautiva, no sabía por qué, temía a la bella de los cabellos de oro. ¡Sus ojos la miraban tan extrañamente! Veía el odio pintado en ellos, cada vez que los descubría posados en su rostro. Así, pues, se acurrucó cuando Gulnar se le acercó lentamente.

—¿Por qué tiemblas? — preguntóle con ira la Sultana.

—Por nada, señora — balbuceó tímidamente Aicha.

Su rival no pudo menos de reconocer que la joven era bella, dulcemente bella. Pero preguntóse si valía lo suficiente para Taher. ¡Taher!...

—¡Dime! — pidió de pronto, mirando con odio a la joven.

—¿Qué debo decir? — preguntó Aicha con sorpresa.

—¿Dónde está?

Aicha vió al fin cómo daba comienzo nuevamente el interrogatorio que ya inició el Sultán. Y, como entonces, plegó los labios dispuesta a callar y no vender por nada del

mundo el secreto del amado.

Gulnar repitió la pregunta, acercándose a la cautiva y mirándola con odio reconcentrado:

—¿Dónde está?

—¡No lo sé! — murmuró Aicha.

Gulnar se apartó con rabia. No sabía por qué, no se sentía capaz de todas las torturas que había imaginado para vengarse de la rival que le arrebatara el amor de Taher. ¡No, no podía! Por nada del mundo sería ella la que torturase a la mujer que Taher eligiera. Dejaría tal misión a los esbirros de su dueño. Y se complació—o creyó complacerse—imaginando cuán cruelmente procederían los feroces servidores.

Y quiso llenar el espíritu de Aicha de todo el horror de torturas que le aguardaban.

—Teme a los verdugos del Sultán — dijo —, que te obligarán a decir lo que desean saber...

Y encontrando doloroso placer en el temblor convulsivo que agitó los tiernos miembros de la cautiva, Gulnar le volvió la espalda y salió de la estancia.

Se había cerrado la cortina tras

...ni piedra alguna brillaba con mayor fuego que sus ojos crueles.



—¡Le has hecho huir! ¡Tú pagarás por él!



Y rápidamente se internó en el palacio.



—Eres audaz, Ta-
her, pero no siempre.



—¡Tocad una música más viva! ¡Más alegre!



—Su suplicio ha acabado...



—Y esa mujer, ¿dónde está?



—¿Quién canta?
—Es Aicha, señora.



Aicha...



—¿Por qué tiemblas?



—¿Has olvidado quién soy yo?



...azotó repetidas veces el cuerpo de Táher.



...los movimientos apenas perceptibles de la primera bailarina fueron creciendo.



—Toma, por bella...



...Amrou se abalanzó sobre Taher.



Taher sólo se preocupaba de su amada.

de ella y percibía los lamentos de la cuitada Aicha que se aterrorizaba ante el destino que la esperaba, cuando, antes de llegar a otra habitación que debía atravesar, se vió detenida por el rumor de una conversación al parecer cautelosa.

El nombre de Taher, sobre todo, pronunciado por uno de los interlocutores, la forzó a escuchar.

Y así fué como supo que el príncipe se aprestaba a robar a la cautiva. Uno de sus antiguos amigos acababa de comprar al eunuco que debía guardar a la joven de las montañas Rosas. Gulnar percibió claramente el tintineo de las monedas que el eunuco recibía y oyó por último la instrucción final:

—No lo olvides; cuando grazne la lechuza hazla salir.

Gulnar sintió como nunca el es-

polazo de los celos. Admiró por un lado la audacia de Taher, por cierto muy propia de su carácter; pero sintió que experimentaba por él inesperado odio ante lo que proyectaba, precisamente sabiendo que era ella la que guardaba a la cautiva.

Y se dijo que había llegado el momento de hacerle pagar los muchos desaires recibidos y la última ofensa, todavía mayor, de haberla postergado por la montañesa Aicha.

Acudiría ella a la cita, en lugar de Aicha, luego se daría a conocer y gritaría la alarma...

¡Iba a saber Taher cuán cruel es la venganza de una mujer despreciada!

Pero la pobre enamorada se echó a llorar luego de forjados sus terribles planes...

Las sombras reinaban ya de mucho tiempo en el país de ensueño que gobernaba Amrou.

Por los jardines de palacio, conducido por Djemal—que preparara la fuga de Aicha—, el príncipe Taher se deslizaba silenciosamente.

En lo alto de su pabellón dos mujeres vigilaban. La una impulsada por el amor y los celos; la otra por la esperanza.

Ambas aguardaban lo mismo: el canto de la lechuza. Para Aicha equivalía al símbolo de la libertad. Gulnar esperaba que fuese el principio de su venganza.

Llevado junto a un cenador de los jardines del harén, Taher se despidió de su fiel Djemal. Y un minuto más tarde, en el silencio de la noche sonaba, admirablemente imitado, el grito de la lechuza...

La Sultana sintió que se le para-

lizaba el corazón. ¡Taher estaba allí! ¡Oh, cómo le quería!

Pero arrancó aquel amor de su pecho y pensó que era llegada la hora de la venganza. Volvióse a Fátima, que estaba silenciosa detrás de ella, y le pidió, con sequedad:

—Dame el velo.

Se cubrió con él y echó a andar presurosa.

Antes de descender por la escalera que conducía al pabellón del jardín, Gulnar recordó a Fátima:

—No olvides mis instrucciones.

Fátima asintió y tan pronto como su dueña hubo comenzado a descender por la escalera, se apresuró a dirigirse hacia las habitaciones que ocupaba Aicha, la cautiva.

Esta infeliz avanzaba lentamente. Poco antes habíanla venido a buscar. El mismo eunuco que la

LAS MIL Y DOS NOCHES

guardara, le dió un velo e instrucciones para bajar hasta el jardín, haciéndola saber que allí la esperaban para conducirla hasta la libertad.

Aicha avanzaba llena de esperanzas. Y cuando ya estaba cerca de la escalera que debía llevarla hasta el jardín, quedóse paralizada.

Frente a ella acababa de aparecer Fátima, la confidente de la Sultana. ¡Todo estaba perdido!

Intentó retroceder, pero Fátima la apresó por una muñeca y la arrastró hasta las habitaciones de Gulnar.

Allí iba a permanecer la cautiva hasta el regreso de la Sultana.

* * *

Poco había tardado Gulnar en llegar al jardín.

Y menos aun en descubrir a Taher, oculto en el pabellón en el que ya sabía, por la conversación sorprendida, tenía que estar él oculito.

Abrió la puerta y en el mismo instante Taher la tomó de la mano y con un tono que Gulnar creyó lleno de amor, la dijo:

—¡Pronto, Aicha!

La Sultana no pudo contenerse

por más tiempo. Estaba cierta ahora de que el rebelde príncipe no tenía más que una sola obsesión: su Aicha. ¡Pues bien, ella haría que nada de lo que pensara fuese cierto!

Se echó el velo hacia atrás y ofreció a los ojos de Taher toda su belleza rubia.

El príncipe se estremeció al reconocerla. Dio un paso atrás y sin poderlo evitar, dejó escapar este grito ahogado:

—¡Traición!

Ya estaba todo realizado conforme previera la Sultana. Ya era dueña ella de la situación. Podía causar la ruina de Taher. Y, sin embargo, advirtió que todo el odio que creía sentir por los celos que le produjera Aicha, se estaba fundiendo. ¡Si solamente él le dedicara una frase de cariño!...

—Me has considerado tu mayor enemiga—dijo con voz lenta, aun cuando su pecho se agitaba tumultuosamente, presa de la mayor emoción.

El aspecto impasible, una vez más del príncipe, empezó a encender su ira.

Amenazadoramente, le advirtió:

—Sabes que bastará una palabra mía para...

Y él, indomable, no por eso se doblegó.

—¡No importa! — le dijo. — ¡Llama!

Gulnar, excitada por el despecho al ver que no había forma de que Taher ni siquiera le expresara su reconocimiento, se volvió y fué a abrir la puerta del pabellón. Una vez hecho esto bastaba un grito para

que la guardia acudiese y prendiera al rebelde.

Pero la pobre enamorada no dió voz alguna. Permaneció muda, frente a la cerrada puerta, comprendiendo que estaba vencida. Que nunca, ni para evitar que Taher fuera de otra, sería ella capaz de venderle. ¡Porque le quería más de lo que ella misma hubiese deseado!

Se volvió. Tenía unos deseos locos de llorar por la humillación y el dolor. La primera, por haber sido vencida por el amor que sentía por Taher; lo segundo, porque iba a ser ella misma quien le alejara para siempre de su alcance, dándole la mujer por quien viniera.

Pero si tenía unos deseos locos de llorar, sus hermosos ojos se mostraron secos al amado. Que también tenía el suficiente orgullo para que éste secara, aún antes de aparecer, las lágrimas que hubiera querido verter.

—No—murmuró al fin, con voz ronca, a pesar suyo—. Dejaré que partas con tu amada Aicha...

El príncipe hizo un movimiento de sorpresa.

—¿Mi amada Aicha?—repitió.

Y comprendiendo todo el mundo de torturas que había sufrido la pobre joven con esta falsa suposición, apresuróse a añadir:

—No, Gulnar. Aicha no es mi amada. Es la prometida de Ganem, mi amigo...

Una luz nueva brilló en los ojos de la torturada Sultana. Nada pudo el orgullo esta vez. Y lágrimas jubilosas, como líquidas perlas, se deslizaron por sus mejillas.

Al mismo tiempo, inconteniblemente, se aproximó a su adorado Taher. Y era tal la expresión de

amor de su rostro, tanto el amor que en él se reflejaba, que Taher se rindió a él.

Sus manos tomaron primero las manos de ella, luego fué un abrazo fortísimo, expresión fiel de todo el amor que el príncipe ocultara hacia ella. Por último un beso, lleno de pasión, de locura... En el que el amor se unía al deseo contenido un día y otro día...

Afuera, en el jardín, la paz de la noche era excelsa como siempre, pues nada sabía de amores ni pasiones humanas.

* * *

En aquellos momentos, el Sultán preguntaba a su Gran Visir por tercera o cuarta vez:

—¿Estás seguro de que Taher no ha franqueado las puertas del palacio?

—Señor — respondió paciente-

mente Assad—, muros y rejas están bien vigilados.

—En ti confío.

Pero a pesar de eso, decidió dirigirse a las habitaciones de Gulnar. Desde que entregara la cautiva a su cuidado, mil pensamientos

aviesos habían acudido a su mente. No olvidaba que Taher era amado por la favorita y temía que no tratará por todos los medios de verse con él.

Aicha se había confiado a Fátima, entretanto.

Esta sabía ya que no era Taher su amado, sino Ganem, el pescador. Y por la tardanza de la Sultana suponía que ésta también se habría enterado del equívoco y que, por fin, el amor había prendido en el corazón de Taher y su dueña gozaba ahora de la felicidad.

Júzguese, pues, de su pánico cuando una de las fieles esclavas, entró anunciando:

—¡El Sultán!

Fátima quedó por un momento aterrada. Imaginó al punto que si Aicha era encontrada allí, Amrou sospecharía algo anormal y querría ver a Gulnar. Y al no hallarla, imaginaría que por un medio u otro había conseguido verse con Taher y la perdición de la Sultana era segura.

Como primera providencia, la fiel Fátima pensó en la necesidad de ocultar a Aicha. Y al buscar un

refugio y ver vacío el lecho de Gulnar, tuvo inmediata idea de que al propio tiempo que ocultaba a la cautiva, quizá podría disimular la falta de Gulnar.

—¡Arrójate ahí, pronto! — gritó a Aicha.

Y en cuanto la cautiva, temblorosa, se hubo tirado en el lecho, la cubrió con un lienzo de seda.

Casi en el mismo instante, hizo su aparición Amrou.

Su mirada, cargada de sospechas posóse en Fátima y en las esclavas allí reunidas. Y aunque las vió algo temblorosas, no cayó en la cuenta que pudiera ser por otra causa más que por el miedo que de siempre le tenían.

Buscó a Gulnar y de pronto sus ojos se posaron en el lecho de la Sultana, bajo cuyo cobertor se advinaba un cuerpo.

Desdichadamente, Aicha había adoptado una postura tan sensual, que la contemplación de ella hubo de servir para despertar los deseos del Sultán.

Y avanzó hacia el lecho, con el consiguiente pánico de todas las es-

clavas. Y su mano se posó en el cobertor.

Pero fué entonces que la presencia de ánimo de Fátima pudo salvar la situación.

Tomando una punta de la sábana y ofreciendo resistencia al deseo del Sultán, dijo en voz baja:

—Señor. Tu favorita se siente enferma y no puede dormir. Por es-

to se ha cubierto la cabeza...

Amrou tendría muchos defectos, pero amaba sinceramente a la Sultana. Y esta sola indicación bastó para que no intentara seguir molestando a la que suponía que era Gulnar. Lejos de esto, como viera que una parte del cobertor no cubría una de sus piernas, procedió a remediarlo con todo cariño.

* * *

Unos momentos antes, pasada la embriaguez amorosa, Taher y Gulnar se desprendían de su largo abrazo. La fiebre amorosa, ya calmada, cedía paso a la reflexión y Gulnar comprendía que prolongar la estancia allí iba a ser tanto como correr un seguro riesgo de la aprehensión de Taher.

Acudióle de pronto la idea de una posible visita del Sultán a sus habitaciones y esta sola posibilidad

le heló la sangre en las venas. Era forzoso su regreso, porque ahora más que nunca tenía interés en conservar la vida para el amor de su Taher.

Dulcemente se lo hizo comprender así al príncipe y aun cuando a éste le repugnaba la idea de abandonarla y mucho más de que pudiera volver a los brazos del malvado Amrou, el hecho de que la pobre Aicha estuviera aun en palacio, hi-

zo que permitiera que Gulnar volviera, si bien tras mil promesas de que dentro de poco abandonaría para siempre aquellos malditos lugares.

Alejóse Taher y Gulnar volvió hacia sus habitaciones.

En aquellos momentos, convencido de la necesidad de dejar a la Sultana por aquella noche, Amrou, vuelto de espaldas a las cortinas de la puerta, lanzaba una ojeada a sus mujeres por si alguna de ellas merecía ser la reemplazante de su favorita y Gulnar, ajena a la presencia del Sultán, abrió las cortinas, y al ver que ante sí estaba el amo cruel, le fué imposible contener una ahogada exclamación de espanto.

Esta vez el peligro pareció irremediable.

Pero cuando atraído por el ahogado grito, Amrou se volvió, se encontró ante una de las esclavas, que se había colocado detrás suyo, tomando las cortinas y como si fuera ella la que hubiera entrado y se asustara ante la inesperada presencia del autócrata.

Apenas si se hubo marchado Amrou, hastiado por no hallar ninguna mujer que pudiera sustituir a la enferma Gulnar, ésta penetró temblorosa en su dormitorio y agradeció con feliz sonrisa la fidelidad de que todas las mujeres dieran muestra.

Por un instante había creído que pasaría de la felicidad gozada a la muerte decretada por el Sultán al verse objeto de su engaño.

En sus habitaciones, el Sultán halló a Assad, el Gran Visir.

A la mirada interrogativa del pérfilo consejero, Amrou contestó:

—¡No hay modo de sorprenderla!

Assad sonrió malignamente. ¿También había llegado la hora desgraciada de Gulnar? Las cosas iban maravillosamente para él. Con placer ayudaría a la caída de la favorita para dar lugar a que se encumbrara otra, otra que fuera hechura suya y le permitiera tener el más absoluto dominio sobre el Sultán como el Gran Visir estaba deseando.

Así fué, pues, que con más servilismo que nunca dió su consejo,

empleando la alambicada metáfora como solía hacer.

—Señor—dijo—. ¿Qué hace el lobo cuando la loba cae en la trampa?

Amrou frunció el ceño. Pero pronto comprendió.

¡Buena era la idea!

Aicha serviría para atraer a Taher.

Llamó a Mahmud y le dió orden de que al siguiente día los pregoneros informaran al pueblo de qué modo Aicha sería devuelta.

Y Assad se frotaba las manos satisfecho. Su experiencia le daba la seguridad de que la Sultana no asistiría impasible a la prisión de Taher. Y él cuidaría de hacer el resto.

VII

Sonaron las trompetas de los pregoneros.

Reunióse el pueblo curioso.

Y el heraldo del Sultán comenzó a pregonar con voz estentórea:

—¡Escuchad, creyentes, la voluntad de Amrou, nuestro soberano! ¡Que Taher se entregue en palacio y Aicha recobrará la libertad!

Y esto fué repetido por toda la ciudad. Y por los campos... por los pueblecillos de pescadores...

Taher hubo de enterarse. Estaba oculto tras un matorral cuando los pregoneros hicieron saber la noticia a unos pastores. Junto a él tenía al hombre que le ayudara a ir a pal-

cio en el primer intento que tuvieron de rescatar a la cautiva.

La decisión del príncipe fué pronta. Había esperado en vano que su amada y la prometida de Ganem acudieran al punto de cita convenido. No fueron y en lugar de esto, oíase por todas partes este pregón de Amrou.

Y Ganem pedía una y otra vez la presencia de su amada.

—Ni Aicha ni Gulnar podrán huir de palacio! —dijo el príncipe a su compañero—. ¡Yo iré!

—Pero... ¡eso es lanzarse a una muerte cierta!

Taher sonrió. ¿Desde cuándo le temía él a la muerte?

El Sultán tuvo ocasión de comprobar la fuerza de la astucia de Assad, su Gran Visir.

Ante él, en el salón del trono y con la Sultana al lado, estaba Taher. Después de dirigir una mirada al Gran Visir, que adoptó una actitud más hipócrita que nunca, Amrou hizo que ligaran las manos a Taher.

Contempló, refocilándose, la operación que ejecutara un esbirro y luego preguntó:

—Has obedecido, ¿eh, Taher?

—Sí, me entrego —dijo altivamente el rebelde—. ¡Deja a Aicha libre!

Amrou sonrió cruelmente. ¡Aicha! Por eso había caído el odiado.

—No hay prisa—aseguró.

Y poniéndose serio, mirándole con todo el odio que había ido acu-

mulando por las humillaciones sufridas y el amor que le robara de Gulnar, preguntó:

—¿Qué muerte prefieres?

Gulnar no pudo reprimir un leve grito. Le amaba, era indudable. El Sultán no lo dudaba ya. Había sido su actitud terrible la que la había contenido, sino ¡quién sabe si hasta se hubiera arrojado en los brazos del maldito Taher! ¡Ah, pero le tenía en sus manos! ¡Y todas las torturas más refinadas habrían de parecerle caricias pobres que aplicar al aborrecido rival!

Assad se frotaba constantemente las manos. Aquello marchaba bien. La perdición de Gulnar era tan segura como la de Taher, por lo menos.

Amrou, de pie, habiendo descendido algunos de los escalones del trono, preguntaba enfurecido al

príncipe, cuya altivez parecía ser mayor ahora que nunca:

—¿Has olvidado quién soy?

Taher le miró con desprecio.

El Sultán sintió que la rabia le ahogaba. ¡Aquella maldita altivez! ¿No iba a poder humillarla?

Su mano febril buscó y arrebató de manos de un esbirro un látigo. Con él azotó repetidas veces el cuerpo de Taher sin hacer caso de la actitud de la Sultana, que parecía querer abalanzarse sobre él para impedirle siguiera aquel azotar infame. O quizás influido cada vez más por la actitud de su favorita.

Y a cada golpe repetía su pregunta:

—¿Quién soy yo? ¿Quién soy yo?

Taher había probado ya varias veces de deshacer sus ligaduras, de romperlas. Porque empezaba a considerar que había sido un imbécil entregándose al Sultán sin las debidas garantías. Dudaba ya de que Aicha recobrara su libertad. Pero las ligaduras estaban bien hechas.

A cada golpe parecía crecerse,

irse llenando la boca de desprecio y al fin espetó al tirano, cuando una vez más le preguntó:

—¿Quién soy yo?

—¡Un perro! —dijo, restallante, el preso.

Un silencio de muerte reinó a estas palabras. Los guardias del Sultán, antaño mandados por Taher, se pusieron más rígidos. Como para ocultar la satisfacción que les producía aquel desplante de su príncipe.

El Sultán se adelantó convulso y con él Assad.

Amrou alzó el látigo para azotarlo nuevamente, pero la mirada glacial del prisionero pareció contenerle.

En lugar de eso, hizo señas al Gran Visir para que se aproximara y le ordenó:

—¡Encarcélalo tú mismo y tráeme las llaves!

Y Assad agradeció la orden como si fuera el más delicado obsequio. Realmente Amrou no podía haber hallado otra orden que mejor le complaciera.

* * *

Dos de sus antiguos guardias le llevaron a la más honda de las mazmorras de palacio. Y aun a Assad le pareció poco aquélla, pero hubo de conformarse, porque no había otra peor.

No entró él en el calabozo. Quizás temía que los guardias del Sultán sintieran la tentación de dejarle a él, en lugar de a Taher.

Los guardias, pues, condujeron al príncipe a la mazmorra y procedieron a libertarle las manos.

Y cuando iban a dejarle, uno de ellos, mientras el otro vigilaba que Assad no se diera cuenta de ello, murmuró al oído de Taher:

—Príncipe... ¡No queremos que mueras!

Y aunque después el Gran Visir corrió personalmente los grandes cerrojos de la enorme puerta, en el alma del rebelde no había la menor sombra de pesadumbre.

¡Tenía el amor de Gulnar y la fidelidad de sus antiguos soldados!

VIII

La pobre Gulnar estaba sumida en un dolor inmenso.

¡Su adorado Taher estaba en las

garras del odiado Amrou, condenado a una muerte afrentosa!

Recordaba con fruición la gallar-

día con que el valiente príncipe había llamado como se merecía al tirano. Pero también recordaba, dolorida, con cuánta furia le habían sido aplicados los latigazos.

Lo que más le dolía era que el propio soberano quisiera conservar la llave de la mazmorra de Taher. Esto imposibilitaba que ella, valiéndose de algún medio, llegara hasta el adorado para poder ofrecerle el consuelo de su amor.

Mirara hacia dónde mirara, el horizonte futuro se presentaba tinto en espantosas negruras.

Su corte de favoritas y esclavas participaba de su dolor. Todas al unísono odiaban al autócrata y sentían vivísimas simpatías por el príncipe Taher, máxime desde que sabían que era el amor de Gulnar y mucho más desde que se enteraran que si se había constituido en prisión era para salvar a la amada de un amigo.

Fué cuando mayor era la desolación de Gulnar que hizo su aparición el Gran Eunuco, diciendo:

—El glorioso Amrou desea sola-

zarse esta noche y que tu belleza preste esplendor a la fiesta.

Gulnar se revolvió como una víbora. Miró con chispeantes ojos al servidor del Sultán, como asombrándole que pudiera atreverse a traerle tal mensaje.

Y por fin empezó a responder, con manifiesto desprecio:

—Di al Sultán, tu amo...

Pero las palabras que iba a pronunciar y que seguramente le hubieran costado caer en desgracia y hasta la vida, se vieron detenidas por una prudente presión de Fátima en su brazo.

Esta le recordaba que la situación era ya demasiado comprometida para que la agravara con palabras imprudentes.

Gulnar lo reconoció así y también comprendió que procediendo tan locamente no iba a conseguir nada más que hacer más improbable todavía la posibilidad de poder hacer algo por el amado.

Y así terminó su interrumpida frase al Gran Eunuco:

—...que soy su esclava.

El servidor hizo una profunda

zalema y salió de la estancia.

Fátima, entonces, tomó la mano de su señora y aproximándose a su rostro, para testimoniarle cuánto

comprendía su dolor, dijo dulcemente:

—Hiciste bien, señora... Porque el momento es de vida o muerte.

* * *

En el gran salón de fiestas, acababa de entrar y sentarse el Sultán acompañado de Gulnar y de toda una corte de esclavas.

Siguiendo las indicaciones de la fiel Fátima, la Sultana se había alhajado con inusitado esplendor que, en verdad, realzaba maravillosamente su belleza. Sedas y joyas hacían de especie de marco en el que sobresalía la exótica hermosura de la favorita rubia.

El Sultán la devoraba con los ojos. Jamás como aquella noche le había parecido Gulnar tan hermosa. ¡Y pensar que amaba a otro hombre!

Sí, porque la palidez que mani-

festaba el rostro de la joven y su profunda tristeza, que no bastaban a hacer desaparecer las frecuentes indicaciones de Fátima de que el Sultán la observaba, decía demasiado a Amrou que él podría disfrutar del cuerpo de su favorita, pero que su corazón y su alma eran totalmente de otro hombre.

Y, naturalmente, semejante hecho le ponía fuera de sí.

Había obtenido la obediencia de la joven. Estaba a su lado, como él ordenara. Ya le dijo ella que era su esclava. Pero ¿y sus pensamientos? ¿Dónde los tenía? A éstos todo el poder de Amrou no bastaba para dominarlos.

Fué, pues, con sorda rabia que dió orden de comenzar el espectáculo.

—¡Adelante! — indicó.

Por fortuna éste era lo bastante bello para que al punto se sintiera atraído por él, y, momentáneamente, se olvidara de todo.

Habían preparado para él una danza nueva. Una colección de esclavas, casi absolutamente desnudas, dieron comienzo a una serie de movimientos voluptuosos que lenta, pero progresivamente, fueron encendiendo las pasiones fácilmente impresionables del Sultán.

Poco a poco se aceleró la danza. La primera bailarina y lo mismo sus compañeras iniciaron las torsiones de unas posesas y realmente parecía que por sus cuerpos corría todo un fuego de lujuria.

Parecía como si ellas mismas se

embriagaran con la danza. Cada vez el baile era más lascivo, cada vez más acelerado. Y de pronto, como por un conjuro mágico, todo paró.

Cortó en seco la música, cayeron las danzarinas, cual si tuvieran los miembros desarticulados... Y así permanecieron unos segundos. Luego, percibíronse suaves notas de los instrumentos que fueron aumentando, a la vez que los movimientos apenas perceptibles de la primera bailarina fueron creciendo, acelerándose, hasta que a la vez comenzaron a seguirla sus compañeras. Y la danza continuó con más frenesí que nunca.

Era aquello un arrebato de pasiones llevado al delirio. Las danzarinas parecían presas de una ráfaga de locura...

* * *

Gulnar fué despertada de su absolución por una muda advertencia de Fátima, hecha con todo disimulo.

El Sultán la estaba mirando y sus ojos, que en un principio mostraran deseos acuciados por el ritmo de aquella danza lujuriosa, eran ahora dos puñales cargados de odio.

La Sultana hizo un esfuerzo sobre sí misma para desechar sus tristes pensamientos. Si se entregara decididamente a ellos se debió a que confiada en que el tirano se distraería en la fiesta coreográfica, estaba cierta de que no iba a darse cuenta de ello. Además, había adoptado la actitud de aquel que mira lo que ocurre ante sí. Pero, por lo visto, sus preocupaciones habíanle hecho dar en olvido este disimulo y Amrou se había dado

cuenta de que su alma estaba muy lejos de allí.

Estaba ahora realmente contemplando la danza, cuando una petición que oyó cerca del Sultán paralizó casi los latidos de su corazón.

Un guardia se había acercado al Sultán y le había dicho:

—Djemal te suplica la llave para alimentar al prisionero.

Amrou miró al soldado y echó mano a su cinto, sacando la pesada llave, pero al ir a entregarla observó a Gulnar con el rabillo del ojo y advirtiendo la atención que la pobre ponía en lo que él hacía, quiso hacerla sufrir una nueva tortura.

Denegando y cerrando la mano donde estaba la llave, manifestó:

—Dile que sólo se le abrirá para arrastrarle al suplicio!

Y sintió hondísimo placer cuan-

do advirtió que la pobre enamorada se tambaleaba casi al oír sus palabras.

¡Ah, si no hubiera sido tan hermosa!... El solo hecho de que estuviera enamorada de otro que no fuera él habría sido causa suficiente para que mandara cortarle la cabeza. Sin embargo, con Gulnar quería saber si había sido traicionado. ¡Si esto era cierto!... ¡Ah, cómo se vengaría! Todo su amor por la favorita no llegaría a tenerle... ¡Ser burlado!...

Y de pronto se le ocurrió una idea para saberlo de una vez. Un plan diabólico, digno de su mal corazón...

Sonriendo malignamente, Amrou hizo señal a la danzarina para que se acercase. La esclava acudió complaciente, orgullosa de que el Sultán se hubiera fijado en ella, presumiendo que iba a requerirle una noche de amor a su lado.

Quizá sus movimientos fueron más y más lascivos, a medida que se aproximaba al soberano. Y encontró justa recompensa, porque en el rostro de Amrou pintáronse las más encendidas pasiones.

Echóse a los pies del Sultán y lentamente, en sinuosos movimientos que agitaban todo su cuerpo, elevó su cabeza hasta su dueño y señor, que le pasó avaramente la mano por el rostro.

—Acércate, mereces una recompensa...

La esclava sonrió seductoramente y sentóse o, mejor dicho, se tendió sobre un cojín que estaba entre el Sultán y Gulnar. Por aquella noche, pensaba, substituía y vencía a la favorita.

Pero Gulnar no sentía por ello herido su amor propio...

Al Sultán le mordía el corazón aquella indiferencia. Pero conteniéndose, siguió adelante con su perfido plan. Quizá si Gulnar se hubiera sentido molesta por el proceder de su amo, hubiera desistido de seguir adelante. En realidad, Amrou a quien deseaba era a la Sultana, y la esclava danzarina no servía de otra cosa más que de pantalla y para ejecutar lo que se había propuesto.

Pero la persistente absorción de Gulnar hacia otros pensamientos, sirvió de acicate al autócrata, que

decidió continuar en sus propósitos y no detenerse ya, aunque Gulnar cambiara de proceder, cosa que parecía muy difícil. Amrou había estado sufriendo demasiado los desprecios de la bella.

Ostentosamente, pues, dejó la llave de la mazmorra de Taher en un cojín que tenía al lado para tomar el cofre de joyas que le ofrecía un eunuco, correspondiendo a la imperceptible señal que el Sultán hiciera un momento antes. Y mientras fingía buscar la joya con que adornaría el cuello de la bailarina, observó de reojo que Gulnar se había dado perfecta cuenta del abandono de la llave.

En efecto, la enamorada se sentía atraída irremediablemente hacia lo que podía significar la libertad del amado. Y así, desoyendo toda voz de prudencia, con disimulo, su mano hubo de dirigirse lentamente hacia el cojín sobre el que estaba la llave.

Al advertir el ademán, Amrou estuvo a punto de volverse amenazador contra la perfida... Pero supo contenerse. Y así vió cómo la mano de Gulnar caía sobre la lla-

ve y con un movimiento rápido la ocultaba entre sus ropas.

Sólo entonces pareció el Sultán haber hallado la joya a propósito para la esclava. Un collar de perlas, que le puso acariciadoramente en el cuello por sí mismo.

—Toma, por bella...—le dijo.

Y entonces, como si sólo en aquel momento se diera cuenta del estado de su favorita, manifestó:

—Estás pálida...

Gulnar, la confiada, creyó entender con esto que le estorbaba su presencia para poder entregarse plenamente al goce de abrazar a su capricho de aquella noche, y como en realidad ella también se hallaba mal en aquel sitio, mientras Taher gemía prisionero, y mucho más ahora que tenía en su poder la llave que le podía dar la libertad, aprovechó, pues, de la oportunidad que se le ofrecía.

Acentuó más su desmayo, para que Amrou se sintiera molesto teniéndola al lado y, encogiéndose de hombros, declaró:

—La fiesta... La música...

El Sultán no pudo evitar una sonrisa despectiva, al advertir el

ningimiento de la pobre mujer, con la que él jugaba cual si fuera un ratoncillo.

Gulnar lo tomó en el sentido de que era absurdo se encontrara así con un festival tan divertido.

—Puedes retirarte — le participó el Sultán.

La joven sintió que se le ensanchaba el corazón. Lentamente, continuando su fingimiento, se levantó y se retiró hacia un ángulo del gran salón de fiestas, desde donde ascendía la escalera que la llevaba a sus habitaciones.

La mirada de Amrou la fué siguiendo hasta que desapareció. Y en su rostro leía aterrorizada ahora Fátima, que la acción de su ama había sido sin duda descubierta por el Sultán, quien se aprestaba a hacerla caer en la trampa que le había preparado.

La esclava danzarina se retorcía a los pies de su dueño, esperando llamarle la atención... La danza proseguía tan lujuriosa como antes...

Y de pronto la voz de Amrou sonó terrible:

—¡Basta!

Y con otro gesto indicó que quería estar solo.

Músicos, danzarinas y esclavas se apresuraron a alejarse. La elegida, suponiendo otra cosa, trató de acercar su cuerpo al soberano. Pero éste la rechazó despectivo. Ya no le interesaba. Su papel había terminado en cuanto Gulnar húbose marchado.

Y pasando por encima de su cuerpo, en completa indiferencia, el Sultán recorrió a grandes pasos el salón de fiestas y luego el del trono.

Indiferente, advertía, por las sombras, que sus guardias le hacían la presentación de armas. En otras ocasiones experimentaba siempre ante el acto un secreto orgullo, que no bastaba a desvanecer la constante manifestación del mismo respeto.

Hoy le era igual.

Encaminábase hacia las mazmorras más hondas del palacio. Allí sabía que encontraría a Gulnar.

¡Gulnar en brazos de su odiado enemigo!

IX

En efecto la Sultana habíase apresurado a descender a las mazmorras, ignorante como estaba por completo del lazo que le había tendido su señor.

Iba llena de temor, sin casi respirar. Se asustaba ante la sola idea de que Amrou se diera cuenta de la falta de la llave antes de que ella lograra libertar a Taher. Esto equivalía a la muerte. Una muerte espantosa y completamente inútil, porque no habría servido para proporcionarle la libertad al amado.

Porque si esto era logrado, Gulnar no temía perecer. Es más, ofrecía gustosamente, en holocausto, su vida a cambio de la de Taher.

Confiaba, de todos modos, que entregado a los placeres del amor y

de la danza, Amrou no se daría cuenta de nada hasta que ella hubiera abierto la mazmorra.

Aquellas escaleras que conducían a la peor mazmorra de todas, la más honda —donde averiguara por sus confidentes que estaba Taher—, parecía que no iban a terminar nunca.

Cuando al fin no halló más escaleras, suspiró con verdadero alivio. Le parecía que lo más difícil estaba ya logrado. Con que sólo abriese la puerta, tenía suficiente. El príncipe era casi seguro que hallaría medios para fugarse.

Iba ahora presurosa, estremeciéndose ante lo tétrico del lugar.

Por fin llegó hasta la puerta. Se apoyó un momento en ella, buscan-

do el aliento que parecía faltar a sus pulmones.

Pero casi en seguida metió la llave en el cerrojo.

Y en aquel mismo momento oyó un ligero rumor detrás suyo...

¡Y justamente sobre la puerta que trataba de abrir, recortada por el haz de brillantísima luz que dejaba pasar la puerta secreta por donde debía entrar el Sultán, la aterrada Gulnar vió la terrible sombra de Amrou!

* * *

¡Todo estaba perdido!

La pobre mujer sintió que se le iban a doblar las piernas, que la cabeza le rodaba, próxima a un desvanecimiento...

Pero un poderoso impulso de su voluntad la rehizo. Ignoraba si el Sultán estaba o no solo. Lo que sí sabía era que la había engañado. Que la hiciera caer en la trampa de la llave premeditadamente. Eso se le presentó ante los ojos a Gulnar con claridad meridiana.

Y aguzada su imaginación por el

peligro, la Sultana, halló de pronto un medio desesperado para echar por los suelos el lazo de Amrou.

Con decisión, terminó de abrir la puerta y entró en la mazmorra.

Allí de pie en el centro del reducido espacio de su prisión, estaba el príncipe Taher. El ruido de los cerrojos habíale despertado de su sueño ligero.

Suponía que venían por él para atormentarle... ¡Y he aquí que se le aparecía la adorada de sus sueños!

—¡Gulnar! —balbució asombrado.

Un imperceptible roce hizo comprender a la Sultana que el tirano se había apostado cerca de la puerta para oír mejor lo que iban a hablar. Temió que estuviera lo bastante próximo para poder ver cuálquier señá, por pequeña que fuese, que hiciera al príncipe. Y por esto se abstuvo de toda manifestación muda.

Con entonación sarcástica, que dejó a Taher completamente aturdido, la joven habló de este modo:

—¡Gulnar, sí! ¡Gozosa de tu suplicio!

—¿Qué dices, Gulnar?

—¿No me entiendes? —preguntó desesperadamente la infeliz, al ver que realmente Taher nada comprendía e iba a echar por los suelos su plan desesperado—. ¡Que me complazco viéndote sufrir así!

—¡Estás loca!

—¡Sí! ¡Loca de odio hacia ti!

¡No, Taher no había comprendido! Lo leyó Gulnar en sus ojos, al ver que se le echaba encima y que abría la boca para decir algo de la noche pasada...

—¡Oh! —dijo entonces, olvidada de todo y procurando sólo que con sus palabras no agravara al príncipe en su precaria situación.

—¡Calla, calla, Taher!

Pero el joven no estaba dispuesto a callar. Se creía loco, objeto tal vez de una pérvida maniobra por parte de aquella mujer. Y así, apartando la mano que impedía hablar a su boca, le arrojó estas palabras, furioso:

—¿Pero olvidas que ayer noche estuviste en mis brazos?

Oyóse una especie de rugido fuera de la celda. Y entonces, ya tarde, se hizo la luz en el cerebro de Taher...

Pero ya en aquel momento entraba enfurecido, loco, el Sultán.

—¡Al fin os tengo a los dos!

Y tras esta exclamación, Amrou se abalanzó sobre Taher.

Pero no contaba con que el joven era más fuerte que él. Sólo se dió cuenta de eso cuando vió que, en lugar de arrollarle él, iba a resultar arrollado.

Sus gritos de rabia se perdían en la soledad del subterráneo. Nadie sabía que el soberano estuviera allí.

De pronto se vió levantado en vilo y rebotado contra el suelo, donde quedó por un momento aturdido.

Al instante, Taher tomó a Gulnar de la mano y, sin cuidarse tan siquiera de cerrar la puerta de la mazmorra, en la precipitación de la huída, ambos jóvenes comenzaron

a ascender velozmente la escalera.

Un alarido de rabia denotó que el Sultán se daba cuenta de la fuga y que la lucha no le había producido grandes daños.

En efecto, Amrou se había enderezado casi en el momento en que los fugitivos llegaban a lo alto del primer tramo. Y ahora, alfanje en mano, iba en pos de ellos.

La persecución no cesó. Y al llegar al salón del trono, el grito del Sultán atrajo a dos soldados de su guardia, que se apresuraron a detener a los fugitivos.

Pero Taher necesitaba en aquellos momentos a más de dos hombres para dominarle. Vió el alfanje que llevaba uno de los soldados

LAS MIL Y DOS NOCHES

y, echando mano de él, volvióse a repeler la agresión del enfurecido Amrou, que ya se le venía encima.

El soldado desprovisto de su arma iba a abalanzarse sobre el que se la había quitado, pero se vió

contenido por su compañero, que le decía:

—¡Déjale! ¡Es Taher!

Y le dejaron, pues todos los soldados de la guardia no habían podido olvidarle y le querían.

El ruido del escándalo había hecho salir a los palaciegos, con el Gran Visir al frente. Muchos guardias también, al mando de Djemal...

El Gran Visir conminó a estos soldados que detuvieran al audaz príncipe. Pero nadie le hizo caso. Repitió la orden a los guardias de Mahmud, y éstos no se determinaron, ante la actitud amenazadora de los hombres de Djemal...

Y así hubo Assad de presenciar la terrible lucha.

El encuentro entre los dos enemigos fué algo épico, terrible.

Al feroz tajo de Amrou, respondió Taher poniendo el filo de su sable. Y en seguida respondió con otro golpe, tan terrible como el que le habían asestado.

Lanzando una exclamación de rabia, el Sultán paró a su vez. Y en seguida el combate comenzó con toda furia.

Tajos y mandobles, quites y paradas, eran a la vez usados por los dos enemigos. Ambos eran hábi-

les, ambos estaban animados por la furia de un odio que a cada momento que pasaba crecía más y más.

Tan pronto era Amrou el que retrocedía ante la furia de su contrincante, como resultaba Taher el que tenía que ceder ante la racha incansable de espantosos golpes.

El salón del trono parecía prestar majestuoso marco a una lucha semejante. El suelo brillante y el arco de su bóveda, que devolvía enormemente los constantes chasquidos de los aceros, ajustábanse al encuentro de dos colosos como aquellos.

Repentinamente, y precisamente cuando la fuerza del golpe había hecho caer de rodillas al príncipe, el sable que éste esgrimía partióse a la altura de la empuñadura.

Todo el mundo previó la tragedia.

Taher arrojó el arma, que ya no le servía, y se dispuso a esperar el golpe de gracia.

Riendo cruel como nunca, el Sultán se dispuso a darlo, pero entonces Gulnar, lanzando un grito estri-

dente, corrió a ponerse delante de su amado.

¡Y el arma, que no pudo detenerse, hirió a la enamorada!

La Sultana se desplomó al suelo. Lanzando un rugido de rabia, Taher fué ahora quien atacó. Sin temor al arma del feroz Amrou, se abalanzó sobre él, y aunque éste le hirió con el alfanje en la frente, antes de que cayera al suelo, el joven le tomó en sus brazos y dándole un estrechón tan espantoso que provocó un alarido horrible del Sultán, lo levantó en vilo, cual si fuera un muñeco...

Y a pesar de sus pataleos y golpes, lo llevó cerca del trono, y allí, con todas sus fuerzas, lo arrojó contra el sitial, donde el tirano quedó incrustado e inmóvil, luego de un último movimiento que sacudió todo su ser.

Seguidamente, cual si estuviera ávido de más luchas, el príncipe se volvió hacia todos los presentes, que se apartaron atemorizados.

El Gran Visir, sobre todo, cuidó de ir retrocediendo poco a poco, hasta que logró huir por la primera puerta que le vino a mano.

¡Todo se había perdido para él!

¡Huía de posibles represalias!

Pero su temor era vano.

Taher sólo se preocupaba de su amada. La tomó amorosamente y con ella en brazos echó a andar por

el salón del trono, hacia la salida. Detrás suyo quedaban los palaciegos, los guardias y el cuerpo contusionado de Amrou, que parecía un muñeco echado de cualquier modo en el trono, del que tan mal uso supo hacer...

El príncipe llevó a su adorada al refugio de los rebeldes. Allí en el acantilado, a orillas del mar...

Le rodeaban todos sus amigos, y entre ellos los felices Ganem y Aicha.

Gulnar fué tendida cuidadosamente en el lecho que el propio Taher ocupaba, el mejor de la cueva.

Y allí tuvo a todos pendientes de su persona, hasta que al fin

abrió los ojos—porque no estaba más que ligeramente herida—y los paseó por todo para acabar por posarlos en el rostro de su querido príncipe.

Y fué con felicidad que cuantos allí había oyeron su hermosa voz que murmuraba:

—¡Taher, huyamos!

Y lo hicieron para ser felices con el goce del gran amor que iluminaba sus almas.

Y así termina la narración de las Mil y Dos Noches...

La historia maravillosa de amor

que pasó en un país oriental, de ensueño y en una época lejana y fastuosa.

FIN

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería.
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

COLECCIONE USTED

los flujos libros de las Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

- La viuda alegra. Los cosacos. Esclavas de la moda. Al Capone (Pánico en Chicago).
 El gran desfile. Icaro. Petit Café. Mi último amor.
 Miguel Strogoff, o el Correo del Zar. El conde de Montecristo. Iay que casar al príncipe. Muchachas de uniforme.
 La princesa que supo amar. La mujer ligera. Virgenes modernas. El proceso de Mary Du-Marido y mujer.
 El coche número 13. El pagano de Tahiti. Estrellas dichosas. gan. Mata-Hari.
 Sin familia. La senda del 98. Esto es el cielo. Marruecos. Congorita (fuera de serie).
 Mare Nostrum. Nantás, el hombre que se Espejismos. Evangeline. En cada puerto un amor.
 Vendió. Orquídeas salvajes. La mujer X. Carceleras.
 Cobra. El caballero. Gente alegre. Erase una vez un vals.
 El fin de Montecarlo. Egoísmo. Mar de fondo. Hombres en mi vida.
 Vida bohemia. La máscara del diablo. La llama sagrada. Niebla.
 Zazá. El paso nuestro de cada día. La ley del harén. Rebeca.
 ¡Adiós, juventud! Tentación. La fruta amarga. La vuelta al mundo por
 El judío errante. Vieja hidalgua. Vidas truncadas. ndesable.
 La mujer desnuda. Posesión. La fiera del mar. Tarzán de los monos.
 La tía Ramona. Hotel Imperial. La pecadora. Tubú.
 Casanova. Don Juan, el burlador del beso. Ella se va a la guerra. El millón.
 Sevilla. Noche nupcial. Los hijos de nadie. La mujer.
 El séptimo cielo. El pescador de perlas. Un yanqui en la corte
 Beau Geste. Santa Isabel de Ceres. del rey Arturo. Los amores de José Mo-
 Los vendedores del fuego. Las dos huérfanas. El precio de un beso. jica (fuera de serie).
 La mariposa de oro. La canción de la estepa. Carbón (La tragedia de Madelón
 Ben-Hur. La rapsodia del recuerdo. la mina).
 El demonio y la carne. Del mismo barro. Estudiantina.
 La castellana del Líbano. Delikatessen. Las peripecias de Skippy. Titanes del cielo.
 La tierra de todos. Estrellados. ¡Qué viudita!
 Tripolis. Cuatro de Infantería. El camino de la vida.
 El rey de reyes. Olimpia. Noches de Viena.
 Sangre y arena. Monsieur Sans-Gené. Mamá.
 La ciudad castigada. Sombras de gloria. Eran trece.
 Aguilas triunfantes. Mamba. Cheri-Bibi.
 El sargento Malacara. Molly (la gran parada). Bésame otra vez.
 El capitán Sorrell. El valiente. Camarotes de lujo.
 El jardín del edén. De frente... marchen! Los hijos de la calle.
 La princesa mártir. Prim. La divorciosa.
 Ramona. El presidio. Madame Satán.
 Dos amantes. Romance. ¿Cuándo te suicidas?
 El príncipe estudiante. El gran charco. Marianita.
 Ana Karenine. Tempestad. El carnet amarillo.
 El destino de la carne. El dios del mar. Honrarás a tu madre.
 La mujer divina. Anne Christie. Su última noche.
 Alas. Sevilla de mis amores. Las alegres chicas de Viena.
 Cuatro hijos. Horizontes nuevos. Ben-Hur (edición popu- lar). Viva la libertad!
 El carnaval de Venecia. El malo. Salvada.
 El ángel de la calle. Bajo el techo de París. El teniente del amor.
 La última cita. Wu-li-chang. Deliciosa.
 El enemigo. Montecarlo. Cielo robado.
 Amantes. El pavo real. Amargo idilio.
 La bailarina de la Ópera. Camino del infierno. Honor entre amantes.
 Moulin Rouge. Bajo el techo de París. Para alcanzar la luna.
 Fen Ali. Wu-li-chang. El hombre que asesinó.
 Los cuatro diablos. Montecarlo. Rindasel.
 ¡Rie, payaso, ríe! Camino del infierno. La calle.
 Volga, Volga. Mío serás! La mujer que amamos.
 La sinfonía patética. Aleluya! Al compás de 3-4.
 Un cierto muchacho. La princesa enamorada. Milicia de paz.
 ¡Nostalgia! La sinfonía patética. Amor de medianoche.
 La ruta de Singapore. La actriz. El gran desfile (edición Miguel Strogoff o el Correo del Zar (edi-
 La actriz. Mister Wu. Renacer. El despertar. Du Barry, mujer de pa-
 Cielo robado. Cuerpo y alma. sión). La hermana San Sulpicio.
 El sargento X. Los seis misterios. La viuda alegra (edición El demonio y la carne
 Los seis misterios. Esta edad moderna. (edición popular). La dama misteriosa.
 Esta edad moderna. La novia de Escocia. Los claveles de la Vir-
 La mano asesina. La reina de los gitanos. gen. Pareja de baile.
 El rey de los gitanos. El sargento X. Salvada.
 El monstruo de la ciudad. Los seis misterios. La edad de amar.
 El hombre que se refía del amor. Lusan Lenox. El expresivo fantasma.
 Lusan Lenox. Mercado de mujeres. Al despertar.
 Mercado de mujeres. Manos culpables. El robo de la Mona Lisa (La Gioconda).
 Manos culpables. La princesa se divierte.
 La princesa se divierte. La mano asesina.
 La mano asesina. El rey de los gitanos.
 El rey de los gitanos. El sargento X.
 Los seis misterios. Los seis misterios. La novia de Escocia.
 Esta edad moderna. Esta edad moderna. Besos al pasar.
 La novia de Escocia. La novia de Escocia. El mayor amor.
 Besos al pasar. El mayor amor. El expresivo fantasma.
 El mayor amor. Al despertar.
 El expresivo fantasma. El robo de la Mona Lisa (La Gioconda).
 Divorcio por amez.

Corazones sin rumbo.
 Corazones valientes.
 Irusta-Fugazot-Demare
 (fuera de serie).
 Los tres mosqueteros
 (Los Herretes de
 reina).
 Milady (Segunda parte de
 Los tres mosqueteros).
 Esclavitud.
 La calle 42.
 Las dos buerfanitas.
 Cabalgata.
 Secretos.
 La feria de la vida.
 Una morena y una rubia.
 Como tú me deseas.
 El reliario.
 El amor y la suerte.
 Una viuda romántica.
 Rasputin y la Zarina.
 Susana tiene un secreto.
 20.000 años en Sing Sing.
 Huérfanos en Budapest.
 ?Milagro?
 Vivíamos hoy.
 Odio.
 Los crímenes del museo.
 El secreto del mar.
 Mis labios engañan.
 No dejes la puerta abierta.
 La melodía prohibida.
 El primer derecho de
 hijo.
 Canción de Oriente.

La amargura del general Honduras de infierno.
 Ven.
 Boliche.
 La vida privada de Enri que VIII.
 la Fra Diabolo.
 El padrino ideal.
 El judío errante.
 El hijo de la parroquia.
 Betty Lynton.
 Barrio Chino.
 Yo, tú y ella.
 Un ladrón en la alcoba.
 A cantar de los cantantes.
 Una llama eterna.
 n hombre de corazón.
 ierra de Ronda.
 El rey de los fósforos.
 La Cruz y la Espada.
 El canto del ruiseñor.
 Adiós a las armas.
 La mundana.
 Tú eres mío!
 Tatálina de Rusia.
 Tempestad al amanecer.
 Santa.
 Belleza a la venta.
 Alalá.
 a hermana blanca.
 La Reina Cristina de Suecia.
 Dos noches.
 Por un solo desliz.
 El primer derecho de un
 hijo.
 El error de los padres.
 La ciudad de cartón.

Doña Francisquita.
 El café de la marina.
 El agua en el suelo.
 El toxeador y la dama.
 Esclavos de la tierra.
 Mujeres y 1. Don Juan.
 Alma de bailarina.
 Yo he sido espía.
 No seas celosa.
 Desfile de candlejas.
 Aves sin rumbo.
 Simona es así.
 Pescada en la calle.
 Una noche en El Cairo.
 Rosa de medianoche.
 El rey de la plata.
 Sobre el cielo.
 Las sorpresas del coche-
 cama.
 Sol en la nieve.
 Madres de bastidores.
 La portera de la fábrica.
 Granaderos del amor.
 Fanny.
 Siempre en mi corazón.
 Tarzán y su compañera.
 El gato y el violín.
 Sor Angélica.
 Casanova.
 El primer amor.
 Eskimo.
 Un capitán de cosacos.
 El altar de la moda.

La virgen de la roca.
 La herencia.
 Madame Du Barry.
 Sucedió una noche.
 Hombres en blanco.
 Fueron humanos.
 Viva la vida!
 El negro que tenía el alma blanca.
 Carolina.
 Cuesta abajo.
 Sola con su amor.
 El mundo cambia.
 Canción de cuna.
 Paz en la tierra.
 La dama del boulevard.
 La hermana San Sulpicio.
 El signo de la muerte.
 La dolorosa.
 Las fronteras del amor.
 Wonder Bar.
 La dama de las camelias.
 La doncella de postín.
 Caravana.
 Hombres de mañana.
 Así ama la mujer.
 La buenaventura.
 Nada más que una mujer.
 Dama por un día.
 La espía n.º 13.
 Señora casada necesita ma-
 rido.
 Viva Villa!
 Busco un millonario
 Sinfonías del corazón
 Mademoiselle Doctor

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante

PROXIMO NUMERO:

LA MAGNIFICA NOVELA

Al llegar la Primavera

por Richard Tauber, Jane Baxter, etc.

Precio: UNA PESETA

EDICIONES BISTAGNE
publica siempre LO MEJOR!

Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

Ediciones ideales

Publicación semanal de gran presentación - Ilustraciones en papel couché. Precio: 0'50 cts.

El film de hoy

32 páginas de texto - 5 ilustraciones interiores
Postal-regala. Precio: 0'30 cts.

EL SOBRE MOJICA

Conteniendo una novelita de cine completa con su correspondiente postal, a 0'15 cts.

CANTE FLAMENCO

Librito de canciones consagrados a los más destacados cantaores
Precio: 0'50 cts. Lujosa presentación

Estrellas y canciones

Libritos de cuplets del repertorio moderno de las más relevantes figuras de «Variétés» Precio: 0'50 cts. Portada a colores

Y LAS SELECTAS EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas
Cerca de 400 títulos publicados Precio: 1'- peseta

EDICIONES BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10, bis.-BARCELONA

EN BREVE:

**Catálogo ilustrado de
las selectas «EDICIO-
NES ESPECIALES
BISTAGNE»**

**¡Hágaselo reservar
o pídalos!**

E. B.

Precio: Una peseta